

El dependentismo como respuesta a la crisis del desarrollismo en América Latina. La cultura como espacio de radicalización y ruptura

DEPENDENCY AS A RESPONSE TO THE CRISIS OF DEVELOPMENTALISM
IN LATIN AMERICA. CULTURE AS A SPACE OF RADICALIZATION AND
RUPTURE

Mario Vega Henríquez

Universidad de Chile, Santiago, Chile

<http://orcid.org/0000-0002-9745-0926>

mvegahen@gmail.com

RESUMEN: El presente artículo aborda la idea de crisis en América Latina en tanto expresión del colapso de un determinado enfoque epistemológico y político. Esta crisis, a su vez, genera nuevas lecturas de la realidad y la construcción de proyectos alternativos. Se trata de un proceso de transformación que se registró durante los “largos años sesenta”, producto del agotamiento del paradigma desarrollista, el cual dio lugar al enfoque dependentista. Este enfoque se volvió la perspectiva hegemónica dentro de las ciencias sociales latinoamericanas en el abordaje de las problemáticas presentes en el continente. En este sentido, la idea de crisis fungió como elemento catalizador en la configuración de tales modelos, dada la urgente necesidad de contar con herramientas teóricas para abordarlas. Se planteaba la necesidad de que estas estuviesen en permanente relación dialéctica con la realidad, contribuyendo a

gestar nuevos proyectos de transformación. En este sentido, el presente artículo pretende analizar el proceso de radicalización teórica experimentado por los intelectuales dependentistas durante el periodo señalado, en tanto respuesta a la crítica coyuntura experimentada en América Latina, en directa relación con las contradicciones presentes en la región. Lo anterior se encuadra en el marco de la consolidación de una cultura política antiimperialista, la cual se sustentó en el claro posicionamiento asumido por el campo intelectual.

PALABRAS CLAVE: crisis, hegemonía, dependentismo, radicalización, anti-imperialismo.

ABSTRACT: This article addresses the idea of crisis in Latin America, as an expression of the collapse of a certain epistemological and political approach that undoubtedly generates new readings of reality and the construction of alternative projects, a transformation process such as the one registered during the “long sixties”, product of the exhaustion of the developmentalist paradigm that gave rise to its replacement by the dependency approach, which became the hegemonic perspective within Latin American social sciences in addressing the problems of the continent. In this sense, the idea of crisis has served as a catalyst in the configuration of such models, given the urgent need to have theoretical tools to address them, in a permanent dialectical relationship with reality, helping to develop new transformation projects. In this sense, this article intends to analyze the process of theoretical radicalization experienced by dependency intellectuals during the indicated period as a response to the critical situation experienced in Latin America and in direct relation to the contradictions in the region. The foregoing is installed within the framework of the consolidation of an anti-imperialist political culture, which was based on the clear positioning assumed by the intellectual field.

KEYWORDS: crisis, hegemony, dependency, radicalization, anti-imperialism.

INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XX, las ciencias sociales latinoamericanas asumieron los desafíos de preguntarse sobre las especificidades de nuestra región y generar explicaciones a problemáticas como el sub-

desarrollo, con el fin de desarrollar alternativas para su superación, revelándose una conciencia generalizada acerca de la relevancia de esta problemática, la cual ha sido considerada como un verdadero hito dentro de la evolución del pensamiento originado en nuestra región, como ha señalado Devés (56). Todo aquello cristalizó en la creación, en 1948, de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), la cual aglutinó a un importante núcleo de investigadores, liderados por Raúl Prebisch y cuyos énfasis se centraron en establecer una conceptualización analítica acerca de las relaciones entre centro y periferia. Estos desarrollos teóricos fueron expuestos en el “Estudio económico de América Latina”, publicado en 1953, obra en la que se plantea que las relaciones económicas entre el centro y la periferia “tienden a reproducir las condiciones de subdesarrollo y a acrecentar las brechas respecto del mundo industrializado” (Cardoso 12).

La CEPAL, en tanto soporte intelectual de las estrategias desarrollistas, estableció un análisis que significó una ruptura teórica respecto de las interpretaciones clásicas que asignaban a la región un rol asociado a la provisión de bienes primarios, maximizando sus ventajas comparativas. Frente a ello, este organismo identificó inequidades derivadas del comercio internacional a partir de fenómenos como el deterioro en los términos del intercambio y del desigual reparto de beneficios en el sistema centro-periferia. Este organismo destacó el impulso industrializador como el modo más viable para “retener los frutos del progreso técnico” (Osorio 44), constituyendo así un capitalismo autónomo y autopropulsado mediante el incremento de la demanda interna. De modo coincidente, Vernengo y Pérez sostienen que el análisis de Prebisch enfatizaba su visión crítica frente al libre comercio, el cual, “preconizado por los economistas de corte ortodoxo, se basaba en supuestos y argumentos que no eran aplicables a los países en desarrollo (periferia) en su relación con los países desarrollados (centro)” (47-48). En concordancia con lo anterior, Patricia Funes destaca que Prebisch fue uno de los primeros intelectuales que definió una perspectiva sobre la dependencia desde una dimensión sociohistórica, señalando que:

Dependencia es aquella situación en que un país es llevado a hacer lo que de otro modo no quisiera hacer, o dejar de hacer lo que hubiera hecho en otras circunstancias. Dependencia significa, pues, subordinación a los intereses de los otros, ya sean económicos, políticos o estratégicos (155).

A pesar de los avances registrados en esta materia en los países del continente que dieron pasos en tal dirección, problemas como la necesidad de complejizar la estructura productiva y de avanzar hacia la elaboración de bienes intermedios y de capital indujeron a las burguesías locales a asociarse con capitales extranjeros, cuya directa consecuencia fue la reducción de su capacidad de expansión y de generación de empleos. Así, se produjo una fractura en la composición de estas burguesías, dando lugar a una burguesía de carácter monopolístico y a otra con una menor capacidad de inversión. Su heterogeneidad redundó, gradualmente, en el surgimiento de amplias brechas sociales, expresadas en la aparición de cordones de miseria en torno a las grandes ciudades latinoamericanas. Este panorama evidenció la incapacidad de la industria de generar empleos, así como la del sector agrícola para experimentar consecuentes procesos de modernización (Osorio 6).

En tales circunstancias, es posible constatar la existencia de un considerable proceso de cambio, signado por la fuerte tensión experimentada por las estructuras político-ideológicas, las cuales habían otorgado sustento al proceso de implementación de alternativas que permitieran superar el endémico subdesarrollo económico existente en nuestra región. Tal panorama resultó ser el prolegómeno de la crisis experimentada por el desarrollismo, en cuyo núcleo fue posible precisar las severas dificultades de este modelo para lograr un carácter socialmente inclusivo a partir del desajuste originado en la fórmula del crecimiento económico de base industrializadora, junto a la pervivencia de otros modos heterogéneos de producción primaria en el marco de las relaciones capitalistas. Su desigual condición incidió de modo directo en el desarrollo de su principal carencia, pues “el crecimiento industrial nunca pudo convertirse en desarrollo econó-

mico-social”, además de que “la generalización de los déficits sociales (...) produjo un incremento de las tensiones sociales y políticas” (Ansaldi y Giordano 662).

A partir de lo anterior, se hace indispensable comprender que esta no fue solo la crisis de un modelo productivo, sino que tuvo un alcance más amplio, afectando a una tipología de Estado que asumía esta interpretación como el eje orientador del conjunto de sus políticas, deviniendo un Estado desarrollista. En tal sentido, este fue el colapso de una perspectiva ideológica en la que su rol se entendía como el de un órgano mediador entre distintos intereses existentes en la sociedad, especialmente de aquellos originados en sus corporaciones, más que directamente en sus ciudadanos. Esta condición desestructuró las formulaciones creadas por el populismo latinoamericano, con el fin de otorgarle sustentabilidad política en el tiempo. En el caso de Chile, este proceso fue coincidente con el quiebre de llamado “Estado de compromiso”, en atención a la necesidad de abordar el desajuste estructural de nuestra economía, mediante la implementación del proceso de reforma agraria.

En ese orden, el ascenso de las teorías desarrollistas se relacionó de manera directa con el aporte de las ciencias sociales, tras el quiebre epistemológico que derivó en el surgimiento de una sociología científica, siendo uno de sus principales debates la discusión en torno a la existencia de un carácter feudal o capitalista en la economía de la región. Para Ruy Mauro Marini, las ciencias sociales fueron asumidas como ideología y experimentaron un proceso de renovación en su carácter debido a la influencia del planteamiento híbrido formulado por los estudios culturales. Indudablemente, su tránsito permite apreciar la necesidad de abordar el modo de producción del conocimiento en América Latina y los paradigmas epistémicos en que este se sustenta, por ejemplo, a través de una “sociología de la liberación” (57).

Como sostuvo Antonio Gramsci, una crisis depende, en buena medida, de la combinación entre elementos estructurales y coyunturales, pero, sobre todo, de la presencia de una propuesta hegemónica

alternativa de carácter global, sostenida e impulsada por quienes intentar romper con su condición de subalternidad (“Socialismo y cultura” 61). Sin embargo, la crisis se representa también a través de la condensación de una serie de dinámicas que hacen visibles las contradicciones a las fuerzas subalternas, haciendo de este modo evidente la existencia de una hegemonía. Este proceso puede ser acelerado por la existencia de una espiral reivindicativa que acelere ese proceso de condensación, permitiendo la posibilidad de construir una lectura común por parte de aquellos que aspiran al cambio.

Las apreciaciones de Gramsci son especialmente útiles a efecto de comprender la articulación existente en el discurso del Estado populista latinoamericano, en tanto sostenedor de las hipótesis desarrollistas. En este, se hizo presente un conjunto relativamente estable de discursos diferentes que asumieron un orden en función de un objetivo común, pero que en circunstancias críticas experimentaron un proceso de disgregación, es decir, un proceso disruptivo que permite apreciar solo sus diversas trazas sin un sentido unívoco y haciendo visibles sus manifiestas contradicciones. Es ante fenómenos sociales de esta naturaleza que los conceptos de hegemonía y de cultura, señalados por Gramsci, adquieren plena validez, la primera en tanto consenso que permite legitimar la dominación sobre las clases subalternas, particularmente en su forma simbólica a través de la cultura, entendida esta como “la conquista de superior conciencia por lo cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, deberes y derechos” (“Socialismo y cultura” 4). La crisis hegemónica devino proceso de liberación, iluminado por el despertar de nuevos paradigmas que revelan las contradicciones sociales en la conciencia colectiva.

En tal proceso, resultó fundamental el papel desempeñado por los intelectuales, apreciando su influencia en la construcción y renovación de una determinada cultura. En el caso de nuestro continente, Uricoechea ha señalado que estos buscaron promover “una sociedad y una cultura radicalmente diferente de aquella que critican (...) [siendo] elaboradores de contraideologías”, denominándolos como

“redefinidores” (793). Concuerta de este modo con el planteamiento de Rodríguez, para quien los científicos sociales se transformaron en un nuevo tipo de intelectual latinoamericano, asumiendo una perspectiva crítica y de compromiso que “los ha llevado a cuestionar la validez teórica de los enfoques de las ciencias sociales” e incluso construir en sus análisis “un mundo supranacional latinoamericano” (946) no solo desde la rigurosidad de sus investigaciones, sino a partir de su adhesión a paradigmas políticos de transformación. Siguiendo a Gramsci, se trata, por lo tanto, de intelectuales “orgánicos”, es decir, de aquellos que trabajan para una clase y cuyo objetivo es el Estado y su función hegemónica (*La formación de los intelectuales* 30).

Para Gramsci, el citado proceso de condensación de un ciclo crítico en nuestra región se inauguró, contra todo cálculo, tras un decenio de importante expansión productiva, incentivada por las dinámicas generadas por la recuperación económica que caracterizó a la posguerra mundial. Así, la economía latinoamericana hace aguas a partir del inicio de la década de 1960, iniciándose un periodo de crisis y de estancamiento que pone al desnudo las características perversas que había asumido el esfuerzo industrializador sostenido a partir de las tesis desarrollistas. Ello no podría dejar de repercutir hondamente en los círculos de la CEPAL, dando lugar a un quiebre teórico de amplias proporciones. Esta situación permitió el cuestionamiento de los modos de aproximación y comprensión desplegados hasta ese momento por las ciencias sociales latinoamericanas para abordar los desafíos de nuestra realidad económica, transformándose también en una crisis de carácter epistémico.

Lo anterior situó en un nuevo contexto las condiciones de complejidad e intensidad de los procesos de transformación ocurridos durante la década de 1960 a escala mundial y especialmente en América Latina, hecho que permitió redefinir las tradicionales concepciones respecto del rol hegemónico desempeñado por los países desarrollados en los procesos de cambio histórico. A partir de ello, se hace indispensable relevar la imagen de nuestra región durante aquella época, no solo como el escenario de intensos conflictos político-ideológicos, sino

también como un centro productor de pensamiento, en donde tienen lugar discusiones de carácter teórico, insufladas por las contradicciones propias del entorno local. Esta condición, menos evidente en nuestros días, renueva nuestra mirada sobre el dependentismo y la labor de los intelectuales latinoamericanos, quienes, desde una región periférica, otorgaron una condición de centralidad a la reflexión sobre los problemas del Tercer Mundo. Se trató de un tiempo de ruptura, atezado por la crisis experimentada gracias a un frustrado modelo teórico que intentó construir, de modo fallido, una alternativa de desarrollo en el marco de las relaciones capitalistas de producción. No obstante, ello otorgó un rol de centralidad a nuestro continente en la construcción de alternativas de cambio, lo cual dio lugar a una onda expansiva de gran alcance. Esto se verificó, por ejemplo, en la presencia y difusión de la iconografía revolucionaria en la que Ernesto “Che” Guevara se transformó en símbolo ilustrativo no solo de un determinado discurso insurreccional, sino también de las formas de lucha asumidas en un proceso de revuelta global. Todo esto dio lugar a una identidad juvenil identificada con productos culturales que intentaban traducir aquello que Aldo Marchesi denomina como “lenguaje del disenso”. Su influencia puede ser visualizada en la oleada de convulsiones generadas a partir de Mayo del 68, movimiento en el cual, sin lugar a dudas, los acontecimientos político-sociales ocurridos en nuestro continente por aquella época tuvieron una determinante influencia (Marchesi 10). En este panorama de crisis de la hegemonía capitalista en América Latina, la idea de revolución experimentó una renovada vigencia, refluendo en nuevos proyectos que insuflaron la idea de ruptura en el imaginario político y cultural de la época. Todo este imaginario generó un considerable impacto a través de hechos como la incorporación de Guevara a la lucha revolucionaria en Bolivia, el surgimiento de Tupamaros en Uruguay y su estrategia de guerrilla urbana y el ascenso electoral de la Unidad Popular en Chile.

En suma, la década de los sesenta puede ser observada desde las periferias a través de diversas manifestaciones de su vitalidad durante aquella época, como las nuevas expresiones de reivindicación y de

protesta en el ámbito político, así como por el aporte que se realizó en el campo de las ideas a fin de ofrecer alternativas en tiempos de colapso de los paradigmas establecidos (Marchesi 11). Por su parte, el dependentismo representó una ruptura epistemológica que fue expresión de los procesos de la época y buscó explicar fenómenos de la realidad en clave disciplinar, estableciendo una relación explícita con la práctica política.

LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA COMO ALTERNATIVA A LA CRISIS DEL ESTADO DESARROLLISTA EN AMÉRICA LATINA

Hasta ahora, los debates entre desarrollistas y dependentistas han sido analizados como parte de una divergencia ideológica signada por la intensidad propia de la Guerra Fría en nuestra región, soslayándose las divergencias epistemológicas existentes entre ambas corrientes de pensamiento. De esta manera, el dependentismo ha sido abordado en su evolución, principalmente en su deriva intelectual, sin haberse enfatizado lo suficiente en la radicalización respecto de sus enfoques y postulados que experimentó este proceso, ni en la influencia que en este desempeñó la coyuntura política y los diálogos con organizaciones revolucionarias, especialmente en el ámbito del Cono Sur.

En ese sentido, uno de los primeros vértices críticos propuestos por el dependentismo fue su cuestionamiento al enfoque desarrollista, pues este intentaba replicar y transponer a la región los cánones del desarrollo capitalista occidental, sin prestar atención a las características propias de América Latina y, así, fungir como estrategia de dominación del predominio imperialista sobre la región. Para Loris Zanatta, en respuesta a estos soportes ideológicos presentes en esta mirada, devenida en un pensamiento de carácter hegemónico en nuestra región, se levantaron ideas que dieron forma al dependentismo. Se trató de una fórmula que buscó, en principio, articular ciertos componentes provenientes de una retórica nacionalista, así

como de elementos de análisis propios del marxismo, encaminando el desarrollo de América Latina hacia un horizonte revolucionario a través del socialismo y recibiendo, en el transcurso de su deliberación teórica, el aporte de la concepción imperialista de Lenin (173). En este sentido, los postulados de los intelectuales dependentistas apuntaron a la construcción de una nueva epistemología que permitiera dilucidar las singularidades de un determinado modo de producción, el cual estaba subordinado a la dinámica capitalista global en las economías periféricas, otorgando un especial énfasis a la construcción de alternativas. Esta iniciativa intelectual y académica constituyó un esfuerzo por generar alternativas políticas a la crisis a la que había sido arrastrada la región, otorgando a la cultura un rol protagónico en la definición de estrategias de radicalización y de ruptura respecto de las agotadas concepciones ideológicas precedentes.

Este proceso fue observado de manera analítica por Ruy Mauro Marini, para quien, a inicios de la década de 1960, se inició un ciclo de descenso de la economía mundial generando en el continente a una crisis por acumulación configurada a partir de la incapacidad para importar materiales para elaborar manufacturas. Dadas las restricciones existentes para su producción, la industrialización operó sobre la base de la antigua economía exportadora y no como un proceso orgánico (8). Otro fenómeno fue la penetración de la inversión de capital extranjero en el sector industrial, hecho que no solo impidió la reinversión del capital, sino que también incrementó la exacción de las divisas desde el mercado interno. Tales desajustes explican la emergencia de un activo campesinado, un protagonismo obrero en alza, así como de las clases medias asalariadas y de los estudiantes, lo cual dio origen a un ciclo revolucionario y contrarrevolucionario en América Latina. En un continente conturbado, la revolución cubana sacudía hasta los cimientos la dominación norteamericana y sembraba el pánico entre las clases dominantes criollas (Marini 8). Cuando se abre el ciclo de las dictaduras militares, el desarrollismo propuesto por la CEPAL entró definitivamente en crisis en las sociedades que experimentaron una radicalización rampante.

En la línea de lo expuesto *supra*, Enzo Faletto sostuvo que uno de los elementos que describían en mayor medida las anomalías existentes al interior del modelo desarrollista fue que el Estado asumió un rol sustituto de la clase hegemónica “ante la falta de eficacia social de una clase legítimamente burguesa” (182). No obstante, el Estado se encontraba atravesado por las pugnas existentes al interior de la sociedad, pues este no asumió una condición de neutralidad, pero tampoco fue la expresión política de una sola clase (Faletto 184). De este modo, es posible apreciar la eventualidad de desbordes reivindicatorios, dada la rapidez de los cambios sociales dentro de un agitado periodo de cambio cultural a escala global, frente a las dificultades existentes en el procesamiento de las demandas por parte de los Estados.

Como una respuesta al ciclo crítico que había significado la crisis del desarrollismo en América Latina, surge en paralelo la llamada “teoría de la dependencia”. Esta perspectiva posee un enfoque analítico que buscaba comprender las razones históricas que habían configurado el fenómeno del subdesarrollo. Esto, mediante un énfasis situado en lo estructural y a través del examen de “los fenómenos complejos de carácter internacional” (Zanatta 141). A diferencia de su contraparte, esta concepción se asume como un desarrollo intelectual con identidad propia y aspiraciones construidas en clave emancipatoria. Así “el dependentismo es una teoría del imperialismo desde los países dependientes” (173) y su surgimiento debe ser comprendido dentro del horizonte de un momento de crisis en la cultura de nuestra región, en una época en la que despunta la obra de un conjunto de destacados intelectuales críticos, quienes avizoran nuevos horizontes de liberación, encontrando una amplia recepción para sus obras. Tal fue el caso del educador brasileño Paulo Freire, quien publicó su *Pedagogía del oprimido* (1968) mientras colaboraba en procesos de alfabetización en el marco de la reforma agraria en Chile. O el del escritor cubano Roberto Fernández Retamar, para el cual los intelectuales tienen el compromiso ineludible de trascender el mundo de las ideas con el objetivo de hacer la revolución, por lo

que la crítica debe ser su principal herramienta en la construcción de una nueva sociedad, tal como señala Gómez (50).

El surgimiento de este nuevo cuerpo de ideas significó una completa renovación de la óptica con la que se abordaban los conflictos de carácter socioeconómico y ha sido considerada como “una de las intervenciones teóricas más importantes en la historia de las ciencias sociales en la región” (Funes 160). Su punto culminante lo representó la publicación de *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica* (1969), escrito por el brasileño Fernando Henrique Cardoso y el chileno Enzo Faletto. Se trató de una investigación centrada en dilucidar, entre otras realidades, la naturaleza de los vínculos y de “la articulación entre los grupos externos y la dinámica interna de las sociedades latinoamericanas”, en función de analizar “al nivel interno de los sistemas locales de dominación y en su relación con el orden internacional” (*ibid.*). En ese sentido, se ha señalado que la escritura de estos autores remite a un doble código y es susceptible, por lo tanto, de dos lecturas, “una marxista y otra desarrollista, según que uno acentúe tal o cual afirmación, ponga de relieve uno u otro concepto o (...) atribuya diferente significado a los términos” (Cueva 94).

Parte importante de este desplazamiento de la óptica utilizada en el análisis de la realidad latinoamericana tuvo relación con la propia categoría de dependencia, la cual “se presentaba, antes que como una teoría, como un problema teórico” (Funes 161). Esta perspectiva no se presentaba como una imposición implantada desde el exterior y su versatilidad se manifestaba “como una *relación*, en tanto sus condiciones se posibilitaban bajo diferentes formas en la estructura social (Beigel 297)¹. Fue debido a lo anterior que la maduración de esta línea de interpretación se logró presentar mediante dos ideas generales. Primero, que “el subdesarrollo está directamente ligado a la expansión de los países industrializados”; y segundo, que “desarrollo y subdesarrollo son dos aspectos diferentes del mismo proceso”

¹ Cursiva en el original.

(Spicker 279). Estas consideraciones poseen un carácter fundante, pues se transformaron en referencias que, basadas en el análisis empírico, permitieron a los intelectuales dependentistas impugnar la tesis de “la sociología burguesa y sus interpretaciones del proceso histórico latinoamericano, oponiéndose a teorías como el dualismo estructural” (Cueva 83).

Por lo tanto, se trata no solo de una nueva epistemología, sino también de una posición que rebate uno de los soportes de los enfoques desarrollistas implementados hasta aquel momento: la idea del indispensable tránsito entre una economía feudal hacia otra capitalista, hipótesis que encontró una importante influencia hasta mediados de la década de 1960. Así, como propuso Sergio Bagú: “La dominación de América es el episodio más importante en la construcción del sistema mundial de capitalismo” (25). Este sistema, por lo tanto, se implanta desde el primer momento y no es necesario acceder a él mediante una supuesta modernización, pues el subdesarrollo sería un resultado del desarrollo de las economías centrales.

Efectivamente, este fue uno de los ejes articuladores de la discusión inaugurada por los intelectuales dependentistas: dilucidar si América Latina fue incorporada tempranamente al capitalismo o si tal fenómeno se había producido tres siglos después, dándose lugar a la subsistencia de reductos feudales. A partir de ello, el enfoque de los dependentistas fue “de manera inmediata y simultánea, una propuesta política que toma posición sobre la actualidad de la revolución en la región” (Osorio 8). Este elemento, lejos de ser secundario, otorgaba no solo autoridad a los proyectos político-ideológicos existentes al interior de la izquierda, sino que presentaba la oportunidad de plantear, de manera coherente, una repuesta a la crisis hegemónica observada en la región. Dilucidar este desafío epistémico no fue solo un asunto de orden académico, sino también de orden político. En el primer caso, si el continente era parte del sistema capitalista, la revolución debía ser socialista; en segundo, frente a una sociedad agraria feudal, el orden político debía tener un carácter democrático-burgués (Funes 158).

Se trata, por lo tanto, de una construcción ideológica que trasciende los márgenes de lo académico y que se nutre del aporte de intelectuales orgánicos llamados a otorgar sustento a las hipótesis de transformación de las sociedades latinoamericanas. Con ella, se buscaba revelar el nudo borromeo que hace imposible desvincular al subdesarrollo del capitalismo y a este del imperialismo, rompiendo radicalmente con la perspectiva instalada en las ciencias sociales de comprender el subdesarrollo como un espacio de conjunción de variables sociales culturales y políticas que requerían ser intervenidas a fin de generar condiciones propicias para implementar procesos de modernización. Este último esquema teórico y práctico fracasó durante el ciclo reformista. Para el dependentismo, la alternativa no se encontraba en transitar a la autarquía productiva y de intercambio como forma de ruptura de los vínculos de subordinación desde el Tercer Mundo, sino que implicaba un esfuerzo cualitativamente distinto: la transformación de las estructuras productivas internas. Lo anterior se justifica en la medida en que, para esta perspectiva, “el subdesarrollo no es ni una etapa de un proceso gradual hacia el desarrollo ni una precondition, sino una condición en sí misma” (Osorio 25).

En tal sentido, para los dependentistas adquirió validez la pregunta acerca de los vínculos entre el capitalismo y el subdesarrollo. ¿Es este último una anomalía que impide la integración plena de nuestras economías en la dinámica mundial o, por el contrario, es el subdesarrollo un resultado directo del capitalismo? La respuesta a esta interrogante guio los trabajos de este importante conjunto de científicos sociales durante algunas décadas. Uno de los teóricos más destacados de este enfoque fue el investigador brasileño Teothônio dos Santos, quien abordó aspectos medulares de la crítica en relación con la llamada teoría de la modernización. El teórico apuntó hacia la concepción de desarrollo señalando que las economías dependientes experimentan procesos de estímulo productivo siempre debido al dinamismo adquirido por las economías centrales, siendo incapaces de autopropulsar su propio crecimiento. Es por ello que, para este

autor, se articulan redes de centros económicos de diversa jerarquía con sus respectivas periferias y, a su vez, de estas con sus entornos.

A fin de otorgar fundamento a sus hipótesis, los científicos sociales latinoamericanos ligados a este enfoque desarrollaron una ingente producción de carácter sociohistórico, la cual se vincula, especialmente, a las formas de tenencia de la tierra, las relaciones sociales y de producción en las diversas formas de la propiedad agrícola en relación con el capitalismo mundial. No obstante lo anterior, existen revisiones contemporáneas sobre tales investigaciones que enfatizan la parcial debilidad de esta corriente, pues sostienen que es “el análisis de las clases y su lucha lo que constituye el ‘talón de Aquiles’ de la teoría de la dependencia. Para empezar, los grandes y casi únicos protagonistas de la historia que esa teoría presenta son las oligarquías y burguesías” (Funes 162). Por otra parte, y quizás aludiendo a un aspecto más medular en su planteamiento, se cuestionó “el tratamiento no dialéctico de las relaciones entre lo externo y lo interno; lo que lleva, en muchos casos, a la postulación de esquemas mecánicos en los que no queda otro motor de la historia que la determinación externa” (Funes 161).

Lo anterior, sin embargo, permite comprender el rol secundario que desempeñan las masas trabajadoras como productoras que favorecen la acumulación del capital, el cual está volcado a los mercados externos, en contraposición a un estrecho mercado interno que hace comprensibles fenómenos de inequitativa distribución de la riqueza y fragilidad en la construcción estatal (Funes 162). Por otra parte, los teóricos dependentistas, según plantea Juan Jesús Morales, olvidaron en tal contexto histórico y social un elemento “tan importante como era el medio para llevar a cabo eso: el instrumento democrático”. De este modo, “la historia ha terminado por demostrar que la lucha de clases de los dependentistas era insuficiente sin el apoyo de un Estado democrático” (248). Este era otro pilar que el enfoque emancipador de los dependentistas enfatizó débilmente, pues la coyuntura de la época visualizaba en la revolución una idea convergente con la ruptura sostenida por esta visión.

Los investigadores ligados a la teoría de la dependencia difieren de las estrategias de industrialización que gradualmente se asentaron en los principales núcleos urbanos del continente como resultado del impulso desarrollista adquirido por la región. En su lógica de análisis, los desarrollistas se transforman en correa de transmisión de una mecánica capitalista global, teniendo como principal resultado la radicalización de “las condiciones de explotación sobre sus entornos más inmediatos en la medida en que este desarrollo es satelizado por la metrópoli” (Frank 7). Esta relación se explica en la medida en que en este fenómeno de subordinación “la dependencia no se limita a relaciones entre países, sino que también crea estructuras internas en las sociedades” (Blomström 279). Esta argumentación cuestiona abiertamente las políticas de cuño reformista implementadas en la región desde inicios de la década, a partir de la Conferencia de Punta del Este (1962) y, especialmente, las impulsadas por el gobierno de Eduardo Frei Montalva en Chile durante la “Revolución en Libertad”. Por otra parte, la década de 1960 exhibió con claridad el estancamiento del modelo ISI. Este hecho es explicado debido a que “las burguesías nacionales intentaron frustradamente, romper la condición satelital de nuestros países, inhabilitando procesos de desarrollo y haciendo más complejas diversas problemáticas sociales (Blomström 279).

Para los dependentistas, los procesos de industrialización autónomos constituyeron una suerte de ilusión posibilista derivada de la relativa laxitud de la dominación como, por ejemplo, en la fase previa y durante los conflictos mundiales de mediados del siglo XX, los cuales ofrecieron condiciones para autoabastecer la demanda de manufacturas. La ilusión desarrollista sería efímera y estaría lastrada por la presencia de resabios feudales en espera de procesos de modernización, según la interpretación predominante en las ciencias sociales durante aquella época.

Es importante señalar que tal postura, además de ser parte de un debate de carácter académico, tuvo un correlato directo en el escenario político al interior de los países en los cuales la izquierda había construido proyectos históricos y plataformas mejor estructuradas.

Por el contrario, la izquierda tradicional consideraba el tránsito desde sociedades semif feudales hacia otras crecientemente industrializadas como un síntoma positivo, en la medida en que ello representaba el surgimiento de una burguesía reformista susceptible de configurar alianzas electorales. En tales términos, se avanzaba hacia “la revolución [que] debía ser democrático-burguesa” (Funes 161).

LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA MARXISTA (TDM) COMO EXPRESIÓN DEL PROCESO DE RADICALIZACIÓN PROPICIADO POR LOS INTELECTUALES LATINOAMERICANOS

El campo intelectual latinoamericano, situado en un tiempo histórico donde la idea de revolución resultaba en la práctica una condición inmanente, experimentó sus propios procesos de radicalización en cuanto sus deliberaciones tenían un intenso telón de fondo. Este trasfondo estaba marcado por la percepción de asistir a un periodo de crisis que permitía, con creciente nitidez, la condensación de las contradicciones sociopolíticas presentes en la región. Por otro lado, hacía indispensable la necesidad de generar un pertinente soporte a las experiencias políticas transformadoras que se desarrollaban en la región.

En este marco, los académicos impulsores del dependentismo fueron parte de ese activo proceso de cambio, permitiendo la emergencia de diversos matices dentro de esta corriente de pensamiento, a partir de su confrontación dialéctica con una realidad que experimentaba procesos de radicalización rampantes. De este modo, esta corriente no constituyó una respuesta uniforme a la crisis del modelo desarrollista, sino que existió, en su seno, un clivaje de carácter esencial entre diversos intelectuales que asumieron este enfoque. Aquello se vio en el debate referido a uno de sus supuestos básicos: a saber, la idea de la dependencia entendida solo como “una categoría coyuntural del análisis sociopolítico”, propuesta por Cardoso, o, como lo

señalaron sus detractores —que asumían una postura más crítica y de carácter estructural—, un concepto asociado a la idea del subdesarrollo como una condición que no obedecía solo a la existencia de prácticas productivas residuales y susceptibles de ser transformadas mediante procesos modernizadores. Por el contrario, “este constituye un modo de desarrollo capitalista dependiente de uno global” (Sotelo 1980). Esta es una realidad indisoluble, un conjunto al margen de toda ingenuidad. Por lo anterior, la discrepancia se hizo manifiesta entre quienes disentían de tal postura considerando que la teoría de la dependencia, “en su visión más radical, (...) no admite reformar el capitalismo” (*ibid.*).

En ese plano, las discusiones académicas desarrolladas por este activo núcleo intelectual integrado, entre otros, por André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Teothônio dos Santos y Vânia Bamberra tuvieron un espacio privilegiado para abordar las relaciones entre teoría y praxis política a partir de su exilio en Chile: su lugar de acogida entre fines de los años sesenta e inicios de los setenta, a través de su gradual integración al equipo de especialistas del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la entonces Facultad de Economía y Administración de la Universidad de Chile, que les permitió profundizar en sus análisis y vincularse a organizaciones políticas ligadas a la Nueva Izquierda. De este modo, se asentó el proceso de distanciamiento entre dos grandes corrientes dentro del dependentismo: una moderada, liderada por Cardoso, y otra inserta en la dialéctica marxista. Esta última logró aglutinar a un importante núcleo de intelectuales, transformándose en un círculo cohesionado y convergente, relacionado con las temáticas que investiga y las hipótesis que levantan. Por lo anterior, este grupo ejerció un poderoso poder de atracción, que construyó vasos comunicantes entre cultura y política, dada la prolífica producción académica. Esto fue debido a su influencia pública, contribuyendo a la difusión de sus planteamientos, trascendiendo los espacios universitarios y encontrando cabida en diversas publicaciones militantes, lo cual amplió considerablemente el eco de sus enfoques e interpretaciones.

Esta tendencia, surgida al interior del dependentismo, agudizó la fractura respecto de los desarrollos conceptuales previos, principalmente por la simbiosis que elaboró mediante la incorporación de la dialéctica marxista al abordaje de la realidad de las economías del capitalismo periférico. Este abordaje alcanzó su madurez, como cuerpo analítico, hacia 1970, época en la cual el umbral que separaba al mundo académico del político se transforma en un espacio permeable, en un puente entre ideas y acción sobre las tareas pendientes de la revolución en América Latina. En sus primeras definiciones, se asumió la necesidad de superar la obra de los especialistas de la CEPAL. Así, Marini señaló que ya por aquellos años “el pensamiento latinoamericano la deja atrás, dando lugar a nuevas manifestaciones teóricas” (9).

En esa línea, Vânia Bambilra describe la magnitud de la crisis que por esos años experimentaba la región a partir del desmantelamiento de los componentes que sustentaron la fórmula desarrollista. La autora la describe como una práctica agotada hacia la década de los sesenta, pues su fórmula de alianza de clases y relaciones de carácter populista estaba siendo desbordada por las demandas de los sectores excluidos de la mencionada fórmula:

Latinoamérica había vivido en la década de 1950 un periodo de expansión y de crecimiento económico, como consecuencia de la expansión capitalista mundial en su nueva fase de integración monopólica internacional (...) a partir del 60 ese desarrollo empieza a agotarse (Bambilra 31).

Mediante esta argumentación, la autora trasciende el análisis de la coyuntura, advirtiendo una articulación entre, por un lado, la perspectiva crítica de la economía política existente en la época y, por el otro, la existencia de condiciones históricas que posibilitaran procesos insurreccionales con miras a una construcción del socialismo mediante profundas transformaciones estructurales. En su obra, se observa con claridad la influencia de la Revolución cubana, aunque

no necesariamente se compartan sus hipótesis respecto de la estrategia revolucionaria.

Dentro de la misma línea de análisis, se constata la dimensión de la crisis que experimentaba la región, no solo vinculada al colapso de un determinado modo de comprensión de sus problemáticas, sino que también a partir de la crisis hegemónica experimentada por la dominación ejercida por los Estados Unidos en un continente bajo su directa influencia. Una de las formas que adquirió esta crisis fueron los procesos de emancipación desarrollados en algunos países, los cuales habían implicado la gradual recuperación de sus recursos naturales estratégicos.

En mayo de 1971, Teothônio dos Santos publica en la separata “Documentos” de la revista *Punto Final* el artículo titulado “La crisis norteamericana y América Latina”. Allí, el autor realiza una profunda revisión de la coyuntura político-económica en la región, en relación con la dinámica que aquel momento experimenta el capitalismo en los Estados Unidos. Se trata de una dinámica marcada por su abierto carácter monopólico y proteccionista, así como por su agresiva estrategia de defensa de sus intereses dentro de sus áreas de influencia. Las consecuencias de este panorama en la región eran, para Dos Santos, especialmente relevantes para los intereses norteamericanos. Por un lado, el ciclo reformista de la década precedente no había limitado las expectativas de los sectores populares y las burguesías locales se encontraban bajo el permanente asedio del capital foráneo, reduciendo de un modo sistemático sus márgenes de utilidad. Por su parte, Washington no era capaz de asumir los compromisos de cooperación y de apertura de su mercado, lo cual provocó un serio impacto en las economías dependientes, que motivó la expresión de diversas reivindicaciones por parte de los sectores sociales directamente afectados.

Fue la necesidad de generar una nueva epistemología que permitiera abordar las problemáticas estructurales existentes en el capitalismo satélite, a fin de propiciar respuestas a la crisis que este experimentaba. Esto llevó a Marini a relevar “la necesidad de construir un conocimiento

riguroso de la estructura de la sociedad chilena y de las formas y el carácter de la lucha de clases”, según señala Gutiérrez (254). Esto es parte del desafío en el que se insertan las investigaciones, a la luz de los procesos de cambio de los que los intelectuales dependentistas marxistas son testigos y partícipes durante esta álgida época.

Este marco de contradicción se verificaba, desde otra perspectiva, también en Chile, durante los primeros años del mandato de Salvador Allende. Ejemplo de ello fueron los planteamientos formulados por André Gunder Frank, quien señaló sus aprensiones respecto de las dificultades que podrían experimentar sus medidas, entendiendo que el gobierno de la Unidad Popular no se ha desvinculado de su condición subordinada. Así, fiel a sus postulados, Gunder Frank indicó que “en Chile, el programa económico a corto plazo de redistribución del ingreso, empleo y consumo popular ha sido muy exitoso en sí, pero se ha aproximado a sus limitaciones inherentes” (10). De esta forma, su compromiso con el proceso de transformación chileno no le impide exponer sus divergencias, nacidas de un profundo análisis de las evidencias. Sin embargo, se anuncia a través de sus expresiones la creciente disparidad en los alcances existentes entre un proceso de reforma y otro de carácter revolucionario.

Toda elaboración teórica participa de una disputa al interior del campo intelectual que le permite validarse, adquiriendo reconocimiento entre los círculos ligados a la producción y difusión del conocimiento. No obstante, requiere también entablar diálogos con el ámbito político con el fin de viabilizar su puesta en práctica, especialmente cuando este saber proviene de las ciencias sociales y está directamente vinculado con la contingencia, intentando generar respuestas a complejos procesos de crisis. En ese plano, los académicos ligados a la dependencia marxista en Chile tuvieron especial preocupación por trascender los espacios universitarios y dialogar activamente con organizaciones políticas de izquierda, brindar su colaboración en la elaboración del programa de gobierno de la Unidad Popular y difundir sus ideas en revistas militantes en diálogo con sus dirigentes. Así, se constituyó un espacio común entre pensamiento y praxis, transfiriendo y nutriendo

una nueva epistemología que, progresivamente, situó a la revolución como un horizonte indispensable, a fin de abordar la crisis en que se encontraban sumidos los pueblos del continente.

En esa línea, el núcleo académico constituido al interior del CESO impulsó diversas iniciativas que hicieron posible la progresiva imbricación entre el ámbito intelectual y político, con el fin de articular una alternativa real y concreta de ruptura de la subordinación capitalista dependiente. Esta perspectiva permitió vincular un contundente diagnóstico, una propuesta emancipatoria y determinadas estrategias revolucionarias. A este respecto, resultan claves algunas experiencias demostrativas del estrecho nexo de colaboración desarrollado durante esta época. Una de ellas fue el simposio “Transición al socialismo y experiencia chilena”, organizado en conjunto por el CESO y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica en 1971. Más allá de las organizaciones convocantes, su idea fue invitar a “una amplia confrontación con sectores más vastos del país (...) [con] representantes de organizaciones populares, de partidos y corrientes políticas, de sectores de gobierno responsables de implementar las transformaciones” (Basso 8). Este simposio dio lugar a interesantes discusiones, como la iniciada por Rossana Rossanda, quien afirmó que “mientras subsistiera el modo de producción capitalista y toda su estructura jurídico-política, el proletariado no podría poner en acto un embrión de contrasociedad” (cit. en Necersian 256). Esta tesis contradecía el camino institucional que impulsaba la izquierda tradicional en Chile, poniéndose del lado de las tesis de la Nueva Izquierda Latinoamericana.

Asimismo, en un plano de mayor cercanía y compromiso, durante el verano de 1973, en la localidad de Farellones, se desarrolló la Escuela Internacional de Cuadros de la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), instancia en la que participaban el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MNL-T), de Uruguay, el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), de Argentina, y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de Chile, y cuya contraparte dependientista

en las jornadas fue nutrida por la presencia de Ruy Mauro Marini, Vânia Bambirra, Teothônio Dos Santos, André Gunder Frank y los hermanos Emir y Éder Sader (Vega 14). Sin duda, podríamos plantear que este encuentro representó el punto culminante en la propagación de la escuela dependentista marxista sobre los grupos políticos que constituían la llamada “Nueva Izquierda” en el Cono Sur. Este hecho no es, sin embargo, una casualidad, pues surgió a partir de planos de convergencia política que provenían de una lectura compartida de la realidad y sus contradicciones, así como de la conciencia de que se asistía a un tiempo de crisis de la hegemonía capitalista. Todo esto se dio a través del análisis teórico establecido a partir del proceso de la Unidad Popular en Chile y a nivel regional, permitiendo avizorar la existencia de una abierta disyuntiva entre “socialismo o fascismo” como el nuevo escenario al que se enfrentan las organizaciones insurgentes durante aquel periodo (Enríquez 9). Esta tesis, si bien proviene desde las esferas de la política, resulta plenamente compartida por los intelectuales dependentistas, dada la agudización de la disputa por la hegemonía levantada desde Chile. En tal sentido, la trayectoria académica y militante de los intelectuales de la dependencia marxista desarrollada en el país y, en particular, la singular intensidad y tensiones durante el gobierno de la Unidad Popular –una experiencia compartida por otros países de la región– profundizaron la necesidad de una ruptura radical con la dominación imperialista de los Estados Unidos sobre los países capitalistas periféricos. Esta conciencia, se expresó, por ejemplo, en los escritos publicados en 1974 por Ruy Mauro Marini, quien formuló una alternativa hasta ese momento inédita dentro de su obra, afirmando que

La lucha armada corresponde a una forma general de lucha de clases, aquélla [*sic*] que se afirma en la etapa en que las clases revolucionarias, tras adquirir conciencia y organización mediante una serie de combates parciales, se deciden a pasar a la ofensiva y a arrancar de las manos el poder político que detenta el capital (141).

Estas expresiones advierten el abrupto tránsito entre los ciclos de revolución y contrarrevolución en el continente, controversia que, finalmente, desembocó en el golpe de Estado de septiembre de 1973 y que dio lugar a la diáspora de los académicos e intelectuales chilenos y extranjeros hacia diversos espacios que les brindaran acogida. Esta experiencia diluyó la centralidad que hasta ese momento tuvo Santiago de Chile en el desarrollo de un pensamiento socioeconómico de carácter crítico y en la búsqueda de respuestas a la crisis estructural que el desarrollismo trajo al continente.

CONCLUSIÓN

Pocos momentos en la historia intelectual de América Latina lograron ser tan intensos como el trance histórico que media entre los años sesenta y setenta. Esto, no solo porque en dicho periodo despunta la idea de revolución como un imperativo político y moral por parte de quienes propician un cambio de las centenarias estructuras de subordinación del continente, sino que también por la intensidad que adquiere el debate de ideas y la centralidad del pensamiento como ámbitos desde donde se nutren los ideales que movilizan a las sociedades.

Por su parte, la reflexión acerca de las alternativas para la superación del subdesarrollo constituyó un tópico dentro del proceso de profesionalización de las ciencias sociales latinoamericanas y sus análisis se transformaron en un elemento de referencia que orientó las políticas estatales. Esta legitimidad favoreció la constitución de teorías socioeconómicas hegemónicas, como el desarrollismo propuesto por la CEPAL. Como hemos podido apreciar, pese a la pertinencia que tuvieron sus orientaciones en su momento, la idea de implementar una dinámica de crecimiento autopropulsada y de base industrializadora en el marco de las relaciones capitalistas de producción resultó fallida, pues esta dinámica se fundamentó en supuestos benevolentes,

a partir de una linealidad que leyó el subdesarrollo como una fase previa a la modernización y no como un resultado de la dinámica del capitalismo.

En tal sentido, la crisis a la que el continente fue arrastrado por aquellos años fue el doble resultado del colapso de una determinada episteme que no logró dilucidar la naturaleza del capitalismo dependiente presente en nuestros países y, asimismo, del conjunto de políticas que aspiraron, por la vía de reformas, a atenuar la subordinación productiva, haciendo del Estado nacional-populista el símil de una ausente burguesía industrial. Los errores de esta óptica, en conjunto con un amplio conjunto de variables, participaron, a su vez, de la crisis de la hegemonía de los Estados Unidos en la región, favoreciendo la condensación de las agudas contradicciones materiales existentes. Esta coyuntura motivó activos movimientos políticos y sociales e, incluso, alternativas insurreccionales de profunda repercusión a nivel mundial.

Esta crisis, no obstante, requirió de respuestas y de caminos de salida, así como de nuevas epistemologías que permitieran comprender, por una parte, la naturaleza de los vínculos de subordinación económica generados por la dinámica del capitalismo en los países periféricos y, por otra, la manera en la que la exacción de plusvalor y la injerencia de capital foráneo dentro del desajuste estructural existente en la producción local se constituyen como agentes causantes del fenómeno del subdesarrollo. Este análisis se dio través de aquello que ha sido conocido como la teoría marxista de la dependencia, cuyos impulsores, no conformes con su diagnóstico, experimentaron un proceso de radicalización de sus posiciones teóricas, el cual los hizo proyectar sus ideas hacia procesos de ruptura revolucionaria que iluminaron las alternativas de resolución de la crisis.

REFERENCIAS

- ANSALDI, WALDO Y VERÓNICA GIORDANO. *América Latina, la construcción del orden. De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*. Buenos Aires, Editorial Ariel, 2004.
- BAGÚ, SERGIO. *Economía y sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. Ciudad de México, CONACULTA-Grijalbo, 1992.
- BAMBIRRA, VÂNIA. *Diez años de insurrección en América Latina, Vol. 1*. Santiago de Chile, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.
- BEIGEL, FERNANDA. “Vida, muerte y resurrección de las ‘Teorías de la dependencia’”. En Fernanda Beigel *et. al. Crítica y teoría en el pensamiento social Latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO Libros, 2006, pp. 287-326.
- CARDOSO, FERNANDO HENRIQUE Y ENZO FALETTTO. *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1969.
- CUEVA, AGUSTÍN. “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”. *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*. Buenos Aires y Bogotá, CLACSO Libros, 2008, pp. 83-115.
- DEVÉS, EDUARDO. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*. Santiago de Chile, Editorial Biblos, 2003.
- DOS SANTOS, THEOTÔNIO. *La crisis norteamericana y América Latina*. Santiago de Chile, Editorial Prensa Latinoamericana, 1971.
- ENRÍQUEZ, MIGUEL. “La alternativa de Chile es socialismo o fascismo”. *Punto Final* 143, 1971, pp. 1-8.
- FALETTTO, ENZO. “La especificidad del Estado latinoamericano”. *Revista CEPAL* 38, 1989, pp. 161-200.
- FRANK, ANDRÉ GUNDER. “El desarrollo del subdesarrollo”. *Revista Pensamiento Crítico* 7, 1967, pp. 159-172.
- _____. “Cartas sobre la mesa”. *Punto final* 159, 1972, pp. 10-11.

- FROSINI, FABIO. “¿Qué es la ‘crisis de hegemonía’? Apuntes sobre historia, revolución y visibilidad en Gramsci”. *Las Torres de Lucca. Revista Internacional de Filosofía Política* 11, 2017, pp. 45-71.
- FUNES, PATRICIA. *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*. Ciudad de México, El Colegio de México, 2014.
- GÓMEZ, RAFAEL. “Roberto Fernández Retamar y La Descolonización Cultural Latinoamericana.” *Confluencia* vol. 12, no. 2, 1997, pp. 49-61. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/27922441>.
- GRAMSCI, ANTONIO. “Socialismo y cultura”. *Revolta Global/Formació* (web). Disponible en: <https://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Gramsci-SocialismoYCultura.pdf>.
- _____. *La formación de los intelectuales*. Ciudad de México, Editorial Grijalbo, 1967.
- GUTIÉRREZ NELSON. “Ruy Mauro Marini: Perfil de un intelectual revolucionario”. *Ruy Mauro Mamani* (web), 1997. Disponible en: <https://marini-escritos.unam.mx/?p=2900>
- LIAUDAT, MARÍA DOLORES. “Marxismo, Cultura y Antropología. Los aportes de Gramsci, Thompson y Williams”. *Cuestiones de sociología* 15, 2016, pp. 1-20.
- MARCHESI, ALDO. *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas desde los años sesenta a la caída del muro*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2019.
- MARINI, RUY MAURO. “Subdesarrollo y revolución”. Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1974, p. 141.
- MORALES, JUAN JESÚS. “De los Aspectos Sociales del Desarrollo Económico a la Teoría de la Dependencia: Sobre la gestación de un pensamiento social propio en Latinoamérica”. *Cinta de Moebio. Revista De Epistemología De Ciencias Sociales* 45, 2012, pp. 235-252.
- NECERSIAN, INÉS. “Chile durante los años setenta. Reforma o Revolución. El MIR y la lectura de la situación latinoamericana”. En Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (coords.) *América Latina: tiempos de violencia*, Buenos Aires, Ariel, 2004, pp. 245-260.

- OSORIO, JAIME. *Teoría marxista de la dependencia. Historia, fundamentos, debates y contribuciones*. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.
- SOTELO VALENCIA, ADRIÁN. “La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD) en la actualidad”. *Dereito & Praxis* núm. 9, vol. 3, 2018, pp. 1677-1693.
- SPICKER, PAUL *et al.* (EDS.). *Pobreza. Un glosario internacional*. Buenos Aires, CLACSO, 2009.
- URICOECHEA, FERNANDO. “Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 29, núm. 4, 1967, pp. 787-830.
- VERNENGO, MATÍAS Y ESTEBAN PÉREZ CALDENTEX. *Raúl Prebisch. El desarrollo de la periferia*. Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018.
- VEGA HENRÍQUEZ, M. (2021). *Radicalización teórica y praxis política: el exilio de los intelectuales dependentistas en Chile, 1965-1973*. V Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX, 3 de noviembre al 3 de diciembre de 2021, Ciudad de México, México. Agendas, problemas y perspectivas conceptuales. En Actas publicadas. Ensenada: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Maestría en Historia y Memoria. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.15041/ev.15041.pdf
- ZANATTA, LORIS. *Historia de América Latina. De la colonia al siglo XXI*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2012.